



RECUERDOS

Yolanda Espinosa

RECUERDOS



Primera edición: mayo de 2020

Segunda edición: mayo de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Yolanda Espinosa

ISBN: 978-84-18250-28-6

ISBN digital: 978-84-18250-29-3

Depósito legal: M-9332-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi hija

CAPÍTULO I

—Su hija debe quedarse ingresada —dijo el doctor, acomodándose en su silla—. Con los síntomas que tiene, podría llegar a ser muy grave. Hay que ponerla bajo tratamiento.

Almudena estaba en la sala contigua, oyendo sin escuchar. Lo único que sentía era un gran pesar en su corazón por tener que volver a dejar a su hija, de apenas dos semanas de vida, otra vez. Al menos esta vez sí se había despedido de ella. Le dijo que volvería pronto y que la quería. Tenía una hija que la necesitaba y debía ser fuerte, demasiado fuerte.

Cuando el médico terminó de hablar con sus padres y su marido, les condujo por unos largos y extraños pasillos hasta una puerta metálica con una ventanita con rejas. El enfermero llamó a la puerta y entraron. Una vez dentro, giraron a la derecha, a la que sería la habitación de Almudena. Estaba oscuro para saber con certeza quiénes estaban esa noche durmiendo en las otras camas. Sus padres y su marido se despidieron de ella sin saber lo que realmente la pasaba, ni cuándo volvería a casa. El

horario de visitas era muy restringido, y no podían pasar todos los que quisieran. Entonces, el enfermero les intentó tranquilizar; esa noche por fin dormiría, y le acercó a la paciente una pastilla con un vaso de agua.

Almudena se despertó sobresaltada y, a primera vista, no sabía dónde estaba. Era noche cerrada, y hacía mucho viento fuera. Las ventanas se abrían y se cerraban con golpes secos y tronadores. Almudena decidió conocer ese sitio. Salió al pasillo y se encaminó al comedor. Entonces, una voz le dijo en un susurro: «¿Dónde vas, Almudena?» Se dio la vuelta rápidamente, pero solo vio oscuridad. Prosiguió con su camino, pero todas las puertas a izquierda y derecha se abrieron a la vez. Estaba aterrorizada, se encogió como una niña pequeña y salió corriendo a buscar ayuda sin saber a dónde, al único sitio iluminado: la sala de los médicos. Por desgracia, no había ningún médico en esa sala, aunque uno de los enfermeros juraba que él era el médico. Así que Almudena siguió aterrorizada y angustiada todas las horribles noches que pasó allí. En ese momento oyó que alguien la llamaba, le decía que sus compañeros la esperaban para desayunar. Esto sí era real. Almudena, sin saber cómo, estaba en la ducha, tan mareada que podría haberse caído al suelo, y estaba sola. Le dolía mucho el pecho, que tenía tan duro como una piedra. No tenía el sacaleches, así que la sacó como pudo manualmente, intentando mantener el equilibrio. En realidad, no tenía de nada allí. Se fue con lo puesto: un pijama.

Cuando terminó, salió como pudo de esa bañera mugrienta y fue al comedor. No se fijó demasiado ni en las

caras ni en el número de personas que había. Le pidió un cigarro a la chica de al lado; aunque era un hospital, en esta parte se podía fumar. Al cogerlo vio que le temblaba la mano. Le dio cuatro o cinco caladas muy rápido y lo apagó; no le apetecía, estaba demasiado nerviosa como para concentrarse en hacer algo más de dos segundos seguidos. La compañera se quedó mirándola estupefacta. Tenía ganas de arrancarle la cabeza porque había tardado más de tres días en conseguir que alguien le trajera tabaco, porque no tenía muchas visitas.

Había dos hombres de mediana edad, uno moreno y otro canoso, ambos muy delgados, casi demacrados, y una mujer. Almudena supo poco después que el moreno se llamaba Leonardo y estaba enfermo de VIH. No se podía pagar los tratamientos, ni del SIDA ni de la enfermedad mental que le acarrearón las drogas, así que ingresó voluntariamente en el pabellón psiquiátrico de estancia corta. Por lo menos aquí tenía cama y comida gratis. La mujer con la que compartía habitación parecía muy mayor por las condiciones en las que estaba. Aparentaba más de ochenta, pero no llegaría a los sesenta y cinco.

Cogió mucho cariño a esta señora porque se llamaba Ana, como su abuela. Cada vez que Almudena la saludaba con un «Buenos días, doña Ana», ella siempre le devolvía el saludo con una sonrisa inmensa que dejaba ver su boca desdentada.

Todas las tardes, Ana cambiaba su camisón de hospital por un chándal rojo a la espera de una visita que no llegaría. No tenía hijos, solo una hermana gemela que no

se podía ocupar de ella. Padecía cáncer, pero ella no lo quería reconocer, por eso llevaba en ese sitio más de un mes.

El hombre canoso era un fumador empedernido, y de vez en cuando gritaba que iba a matar a su mujer. Almudena se acercó a él y le murmuró que si decía esas cosas nunca saldría de allí. A él no le preocupaba mucho no salir de allí, lo que le daba miedo era que le llevaran al otro sitio. Le contó a Almudena que a ese sitio iban los locos de verdad, y podías estar años sin derecho a visitas. Miraron por la ventana a las salas de enfrente y un hormiguo le recorrió todo el cuerpo; había un sitio peor.

—Tienes que tener cuidado con lo que haces, chica; sin darte cuenta puedes despertarte en el otro sitio. No opongas resistencia y obedece —le advirtió Alberto. «¿Habrá estado allí?», se preguntó Almudena con curiosidad—. Se oyen muchas historias. Esto no es una cárcel, eso sí. Tengo amigos que han estado, y salieron peor que entraron. Hay muchas peleas, ¿sabes?, mucha gente. Aquí se está más tranquilo —contestó Alberto.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Bueno... unos diez días. Mi mujer se quiere separar de mí y llevarse a los niños. En realidad, ya se los ha llevado, pero no te quiero contar mis problemas, chica.

—A lo mejor hablar de ello te ayuda, si guardas tus problemas dentro, acabarás explotando. Yo sé escuchar.

—Pues fue lo que me pasó. Es que soy esquizofrénico, ¿sabes? Y supongo que mi mujer se ha cansado de cuidarme, de soportarme. Dice que soy un paranoico y

que la maltrato. Se fueron de casa, y cuando llegué y no los vi empecé a destrozar todo de rabia. Los vecinos lo oyeron y se creían que nos peleábamos, que la estaba pegando. Todo el mundo piensa que lo hago. Llamaron a la policía y me encerraron aquí —le contó muy nervioso.

«Y, ¿la maltratas?» pensó Almudena.

—Pero no es verdad, ella se vale de mi enfermedad para atacarme y alejarme de los niños. Siempre me he portado bien con todo el mundo, soy una buena persona, pero ha puesto a mis amigos en contra, e incluso a mi familia. Ella debería estar encerrada aquí, no yo.

—¿Por qué no hablas con ella, te suele visitar?

—No, yo le he dicho que no venga por aquí, bastante daño me ha hecho ya —Alberto sacó de su bolsillo derecho el paquete de tabaco, lo miró y lo dejó encima de la mesa muy agitado. Al igual que a Almudena, le temblaba la mano.

—Pero lo que habla es tu rencor, Alberto. ¿La quieres?

—Sí, pero... ¡porque soy gilipollas! —acabó gritando a lo último.

—Pero no grites, que te van a oír —susurró Almudena, refiriéndose a los enfermeros.

—¿Quién me va a oír?, si estos solo salen de su sala para dar la medicación y ¡para tocar los cojones! —lo último también lo gritó.

—Estás muy alterado, mejor me voy —se despidió Almudena, haciendo ademán de marcharse.

—No, perdóname, soy tonto, la verdad, porque lo pago con los que me quieren ayudar.

—¿Te quieres sentir mejor? —le preguntó a Alberto, extendiéndole sus manos. Estaban sentados en una de las dos mesas del comedor, uno enfrente del otro. Pensó un segundo y extendió también sus manos cogiendo las de su nueva amiga. Almudena cerró los ojos.

—Confía en mí —le pidió—; cierra los ojos y reza conmigo.

«Padre nuestro que estás en el cielo
santificado sea tu nombre
venga a nosotros tu Reino...»

Rezaron juntos. Poco a poco las manos de Alberto, que apretaban mucho las de Almudena, fueron aflojándose. De vez en cuando Almudena le decía «respira hondo y despacio»; fue un buen ejercicio de relajación. Estuvieron mucho tiempo rezando juntos, y un enfermero los vio. «Lo que me faltaba por ver, un loco comiéndole el coco a otro loco», pensó el enfermero cuando pasó por el comedor.

Almudena sentía mucha empatía por los demás, sentía la necesidad de ayudarles uno a uno. Por algo había acabado allí: era su misión.

Terminada la larga conversación, se dieron cuenta de que Alberto no se había encendido ni un solo cigarrillo. Él le dijo que hablar con ella le aportaba mucha serenidad, era su ángel de la guarda, estaba seguro de ello.

El día pasaba lento y aburrido, aunque en realidad Almudena había perdido la noción del tiempo. ¿Llevaba

días, semanas? No estaba segura, porque tenía muchas lagunas en su memoria.

De repente, vio a su familia. Pasaron por su lado como si no la vieran, como si Almudena fuese un fantasma. Parecía una procesión de almas. Se quedó petrificada; no sabía si era real o producto de su imaginación. Sus padres y su marido entraron en una sala, pasando primero por su lado. Los nervios la atacaban, se puso de pie de un salto y esperó al lado de la puerta un rato a que salieran. Al cabo de unos minutos, salió una mujer joven muy bien vestida y maquillada llamándola. Almudena entró en la sala esperando ver a su familia, pero no estaban allí. Estaba muy confusa, ella los había visto, estaba segura. La doctora la invitó a tomar asiento, sacó unos papeles de un cajón y empezó a ojearlos.

—Tienes unos ojos muy bonitos, ten cuidado con el mal de ojo —le aconsejó Almudena. Los ojos de la doctora eran grandes y azules.

—¿Tú crees en esas cosas? ¿Tienes tú mal de ojo? —le preguntó la doctora.

—Seguramente, algún desaprensivo nos ha mirado mal. Todavía no sé quién es, pero lo averiguaré —contestó Almudena.

Irene empezó a llorar, ya era otra vez la hora de comer. Almudena se levantó del sofá y fue a su habitación. Cogió al bebé en brazos y pidió a Eva, su madre, que preparara un biberón. No le podía dar el pecho todavía, los médicos dijeron que era aconsejable esperar tres días

después de acabar el tratamiento, y todavía le quedaban dos. En ese momento llamaron a la puerta. ¡Vaya! Una visita era lo que le faltaba a Almudena. Por suerte era Natalia, una amiga suya que, estando ingresada en el hospital, no se separó de ella ni un minuto. Almudena estaba muy contenta, ya que había salido del hospital hacía unas horas. La ingresaron cuatro días antes con fuertes dolores como de un parto, pero era infección. Estaba muy débil y debía mantener reposo, por eso su madre se mudó a su casa por unos días.

—Sigue sin dormir, Natalia, yo ya no sé qué hacer con ella. Me tiene muy preocupada —dijo Eva—. Llevará dos días durmiendo como dos o tres horas al día, siempre encuentra algo que hacer pese a que sabe que debe guardar reposo. Además, habla sin parar y muy deprisa, dice cosas sin sentido.

Había pasado los últimos días ingresada por una infección de útero en el hospital, el peor sitio si pretendes descansar y dormir, aunque parezca contradictorio. Cada tres horas tenía que sacarse la leche porque no quería perder ese vínculo con su hija, así que también lo hacía por la noche. Las enfermeras a las siete de la mañana ya estaban en la habitación, y encendían todas las luces, despertándote si habías conseguido conciliar el sueño.

Almudena se obsesionó mucho con la suciedad del baño porque, ¿cómo se iba a curar de una infección metiéndose en un sitio atestado de bacterias? También le afectaba mucho que los médicos no le dijeran cómo evolucionaba su estado, y mucho más le dolía el no saber por

cuánto tiempo debía permanecer allí. De madrugada se despertaba sobresaltada gritando el nombre de su hija porque oía el llanto de los niños que acababan de nacer. Sentía que se la habían quitado y, en cierta forma, razón no le faltaba, porque estaba segura de que estaba allí por una negligencia médica.

Había ido a urgencias y el médico le recetó algo para expulsar lo que pudiera estar dañándole el útero, pero lo que provocó fueron unos terribles dolores con contracciones. Tenía que haberle hecho caso a su madre y no tomárselo. Almudena leyó las indicaciones del medicamento y no se quedó tranquila, seguro la haría mal, pero se lo había recetado el médico y se lo tomó. Mala decisión.

—¿Al final puso la queja en el hospital? —preguntó Natalia.

—No, salió despavorida para llegar a casa y ver a la niña. No lo entiendo, se pasaba las noches en vela enumerando todo lo que no le gustaba y diciendo que iba a poner una queja —contestó Eva.

—Debería haber ido algún psicólogo para hablar con ella, lo pidió muchas veces —prosiguió Natalia.

—Lo pregunté, pero me dijeron que solo había uno en la planta, y primero tenía que ver a otros pacientes más graves. Yo eso lo entiendo, pero deberían haberse dado cuenta de que Almudena lo necesitaba; no pide las cosas por llamar la atención ni hacerse la víctima. De todas maneras, tenemos cita mañana con el psiquiatra —agregó Eva.

Pasado un rato, Natalia se despidió de Almudena y del bebé en la habitación. Ya le había dado Natalia a Eva

una pastilla para que Almudena durmiese: como se estaba tomando medicamentos todavía por la infección, se le colaría fácilmente y por fin dormiría toda la noche de un tirón.

Almudena estaba en la habitación intentando dormir, pero su cabeza no dejaba de pensar, era imposible parar todas esas ideas tan rápidas que le rondaban la cabeza. Se sentía muy rara en todos los sentidos, no solo por haber tenido un bebé. Estaba en una nube, como en un sueño, o, ¿era una pesadilla? De repente se abrió la puerta, y Almudena gritó tan fuerte que todos corrieron para ver qué le había pasado. Una cara blanca y desencajada que no parecía humana estaba mirándole desde la puerta. Seguía gritando, la verdad ya no sabía muy bien por qué, ya que la persona que había entrado en la habitación era su madre. Almudena estaba en posición de defensa con los brazos en alto, tapándose la cabeza, y Eva rompió a llorar. José, su marido, entró en la habitación para intentar callar y consolar a Almudena, pero cada vez que intentaba tocarla gritaba más fuerte. Mientras Jesús, su padre, estaba con Eva en el salón, intentándose explicar lo sucedido.

—Almudena, ¿tienes poderes? —preguntó la doctora.
—Sí —afirmó.

CAPÍTULO II

La luna llena bañaba de una inmensa luz blanca la habitación de Almudena, solo se dio cuenta de que llevaba un rato mirándola fijamente cuando le hizo daño a la vista. Apartó rápidamente la mirada. «Guárdate las espaldas» le decía su cabeza, y miró a la puerta. Veía muy borroso y eso la incomodaba mucho, pero no tenía sus gafas en ese sitio.

Se fijó en las demás camas, sus huéspedes dormían, pero no descansaban. Estaban de lado, encogidas y curiosamente todas mirando hacia la puerta. «Claro, guárdate las espaldas», pensó. Se pasó las manos por la cara, como acariciándose para tratarse de consolar, pero le eran desconocidas; tan ásperas que las miraba extrañada de que fueran suyas. Esa noche no lloró, ya no le quedaban lágrimas que derramar. A la mañana siguiente siguió la misma rutina diaria, se levantó y se duchó. Volvió a la habitación, se vistió, pero esta vez se miró al espejo.

Tenía alborotado su pelo castaño oscuro y debajo de sus ojos azules se podían ver unas grandes y pronunciadas ojeras. Vestía ropa que no combinaba porque casi

todo le quedaba pequeño. Habría engordado unos quince kilos con el embarazo, y no llegaba a reconocerse a sí misma. Se acercó al espejo, que le daba una imagen deformada de su cuerpo: no era un espejo de verdad. Era normal; si no le dejaban llevar los cordones de los zapatos como para poner un espejo de verdad. Tampoco le dejaban llevar su cadena con la Cruz de Caravaca, la Virgen Milagrosa, la Virgen Niña y un puño de oro. Este último fue un regalo reciente de Natalia, que sabía lo supersticiosa que era Almudena. Estaba desprotegida.

Terminó de arreglarse, aunque no tenía ganas ni de peinarse. Solo quería dormir, que pasara esa pesadilla y volver a casa, así que cuando terminó de desayunar tomó las pastillas y se metió en la cama. Al cabo de un rato oyó algo familiar.

—¡Ay mi niña! —gritó Eva al ver en ese estado a su hija.

—Mamá, me habéis metido en un manicomio —espetó Almudena. Estaba muy sedada, casi no podía moverse, aunque ya le daba igual, porque sabía que era el fin. No dijo nada, no quería preocuparlos más todavía. Cuando podía levantarse iba como alma en pena con la espalda curvada y los brazos extendidos hacia abajo, casi tocando el suelo con la punta de los dedos.

—No es un manicomio, cariño, estás en el hospital —contestó Eva, intentando mantener la calma.

—Tengo miedo... miedo de hacer daño a alguien, mamá.

—No digas eso —le susurró—, te pueden oír —Almudena miró a la puerta, había un enfermero. Entonces,

Almudena se dio cuenta de que todas las habitaciones estaban plagadas de cámaras y micrófonos invisibles para los pacientes, como debía ser. ¡Era increíble! ¿Cómo podría hablar con franqueza con su familia si le escuchaban todo el tiempo? Pero de una manera u otra les tenía que contar que tenía poderes.

—Te he estado llamando, ¿lo has oído? —le preguntó Almudena muy bajito a su madre.

—Dios mío, ¿eras tú? Toda la noche he estado oyendo «mamá, Eva». ¿Cómo es posible, hija?

—Se llama telepatía, pero aquí no me creen, y con la medicación va a desaparecer.

El enfermero ya no estaba en la puerta, así que Almudena la cerró de un portazo. Tenía que tener cuidado de que no la vieran los enfermeros, pero ansiaba mostrarles su poder, no estaba loca. Además, no tenía ni que alzar la vista ni mover ningún músculo de su cuerpo, para los demás podría haber sido el aire.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó su marido, quien llevaba horrorizado y muerto de miedo desde la primera experiencia paranormal de su mujer. Tanto que se mudó a la casa de sus suegros y así Eva le podía echar una mano con el bebé.

José vestía una camiseta de manga corta sin planchar y pantalones tres cuartos. Hacía que no se afeitaba por lo menos dos semanas, y tenía la cara muy pálida. Almudena tenía miedo de que cayera en la bebida, que ahogara sus penas en alcohol; que cayera enfermo. En este punto se equivocaba, en lo que pensaba José era en coger a Irene y largarse a Soria con sus padres.

—Estoy en tu mente cariño —dijo, tocando la frente de su marido de forma violenta al verle pensativo—. Sé que me has puesto los cuernos —continuó.

—¡Mira, te he traído un vídeo de Irene! Seguro que lo quieres ver —intentó llamar su atención su padre y le acercó el móvil.

Almudena se quedó absorta viendo a su pequeña; la echaba muchísimo de menos y estaba furiosa, ya que la tenían retenida contra su voluntad. Ella solo necesitaba estar en casa para recuperarse. Cuando acabó el vídeo, los celadores empezaron a echar a los familiares. Otra vez se quedaba sola y vacía, sin ningún entretenimiento. Ya se le estaba pasando el efecto de la medicación. Miró la maleta que le había traído su madre. Había chocolate, que estaba prohibido para que los pacientes no se peleasen, aceite de rosa de mosqueta, tabaco, ropa nueva, Sudokus, crucigramas y un libro. Ya no se acordaba, pero se lo acababa de regalar José. Intentó leer, pero no se podía concentrar, así que leyó la sinopsis. El libro trataba sobre un matrimonio joven y perfecto, pero de repente el marido muere... Almudena cerró el libro conmovida, ahora no podía leer ese tipo de cosas. Estaba demasiado sensible. Intentó entonces hacer un Sudoku, y se dio cuenta de lo difícil que le resultaba concentrarse. Pero, ¿por qué?

Seguía teniendo pensamientos muy rápidos conectados a otros y a otros. Entonces, salió de la habitación hacia el comedor. Estaba en un lugar bastante reducido que consistía en dos habitaciones, una de chicas y otra de chicos, un baño para las chicas, otro para los chicos, el

comedor, la sala de control desde donde se veían las dos habitaciones a través de un enorme cristal, y un par de salas donde los médicos pasaban consulta.

Al llegar al comedor, vio a Alberto escribiendo y pensó que sería una buena idea hacer una lista de lo que le faltaba. Fue a la sala de control y pidió un boli y un folio, se sentó y escribió: compresas, gafas, el sacaleches, una foto de mi niña pequeña, una foto de mi niño grande, una foto de mis papis y una foto de mi perrito bonito...

Al leer otra vez las últimas tres cosas que había escrito se dio cuenta de que estaba escribiendo una niña; ella misma, pero siendo niña. De repente, pensó que podría hablar con su familia mediante cartas con mensajes ocultos y, cuando no les estuvieran viendo los celadores, se las daría a sus padres. Pero antes de escribir la carta a su familia tenía que hacer una prueba. Escribió los razonamientos a sus miedos basándose en el movimiento literario gótico, ya que este tipo de narrativa le fascinaba, e incluso hizo un curso sobre ello en la universidad. No le llevó demasiado tiempo hacerlo y se lo entregó a los enfermeros. Estos no dejaban ni que entrase ni que saliese información. Primero lo debían leer ellos.

«Rasgos Góticos generales similares a mi situación: en este movimiento literario, los personajes se sienten dominados por la situación, no tienen el control, lo que produce desasosiego. Existe una diferencia aquí entre lo bello y lo sublime. Admiramos y nos deleitamos con las cosas bellas, pero lo sublime nos hace parecer pequeños,

como por ejemplo elementos arquitectónicos como una catedral o un cementerio. En mi caso, el hospital.

»Atmósfera Gótica: la luna llena que aumenta los poderes, soledad, aislamiento (cárcel, castillo, casa en medio del bosque) y oscuridad.

Las doce de la noche es la hora bruja, que es cuando tengo más miedo y empiezan todas las cosas raras. Tengo miedos infantiles y primarios.

El movimiento Gótico se compone de dos situaciones: horror y terror.

Las situaciones de terror espolean tu imaginación, como por ejemplo, oír un ruido o ver una sombra. Te incita a saber de dónde proviene o quién es, te empuja a seguir y a investigar.

Las situaciones de horror bloquean tu mente y tu cuerpo, ya que no son sugerencias sino imágenes nítidas, por ejemplo, ver un fantasma. Ver la cara blanca o las puertas que se abren de repente en mi caso.

»Conclusión: estoy encerrada en un elemento arquitectónico sublime con rejas (como una cárcel), aislada, sola. Casi siempre está todo como en penumbras, porque no veo bien. He vivido en estos días situaciones de horror, como la visión de la cara blanca, las puertas que se abrían y alguien susurrándome.

»Razonamientos lógicos: puertas y ventanas que se abren y se cierran debido al aire».

Al darles esta carta a los enfermeros en la sala de control Almudena miró el único reloj que había en ese sitio.

Era muy grande, pero como no veía bien, cada vez que Almudena quería saber la hora, que era de cinco en cinco minutos, se tenía que plantar en medio de la sala para verlo. Recordó entonces que tenía que haber puesto reloj en su lista de cosas que le faltaban. Se paró en la ventana enrejada de enfrente de su habitación y empezó a cantar.

Estaba en el octavo piso del hospital, donde veintisiete años atrás había nacido ella, y hacía menos de tres semanas había dado a luz a su hija. Los demás pacientes recorrían el pasillo absortos en sus pensamientos, y mascullando palabrotas y maldiciones.

Se acordó de que esa mañana había visto la luna llena y se acordó de su padre.

*«Cuando salga la luna
cuando salga voy a verte.
No te quiero ver a oscuras
y si no es para quererte...»*

Era una canción de la época de sus padres, del grupo Los Puntos. Le gustaba mucho cuando cantaba su padre. Era una persona muy equilibrada y serena. Cambió de canción, y era curioso que solo le viniesen a la mente esas canciones que casi estaban en el olvido, ninguna moderna: *«One day I'll fly away, leave all this to yesterday»*. Nicole Kidman cantaba esta canción en el Moulin Rouge. Quería volar, escapar, como Almudena. Alberto pasó a su lado y esperó a que dejase un minuto de cantar.

—¿Qué haces? —preguntó Alberto extrañado, ya que la gente que estaba en ese sitio solía estar bastante enfadada. Solo podían recorrer el corto pasillo y fumar. Ningún entretenimiento, terapias o diversión de ningún tipo; estaban hundidos en sus problemas.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Estás cantando, ¿qué pasa, que estás alegre? —prosiguió Alberto con el interrogatorio.

—¿Tú solo cantas cuando estás alegre? —preguntó Almudena.

—Claro... ¿tú no?

—A mí cantar me ayuda a sacar todo lo que tengo dentro, ya sean alegrías o penas. Dependiendo de cómo te sientes o cómo te quieres sentir; cantas una canción alegre o una que se asemeja a tu situación actual. Dime, ¿cómo te sientes?

—Pues jodido —respondió quitándose las gafas nervioso y las limpió en su camiseta. Estaba hundido, deprimido.

—¿Y te quieres sentir así?

—Pues claro que no. Y, ¿qué le voy a hacer?

—Ponle remedio, piensa en una canción que te recuerde a otra situación más alegre o a una persona importante en tu vida. Inténtalo, no tienes nada que perder.

Leonardo, el otro hombre moreno, que estaba escuchando toda la conversación, cogió fuerzas de flaqueza y cantó:

*«De acá pa' lla
con la tía Paca...»*

Después de repetirlo tres veces andando con las manos en los bolsillos, se soltó y empezó a bailar. Entonces, los tres prosiguieron con sus canciones y sus bailes.

Al oír tanto alboroto, los enfermeros salieron de su sala y se quedaron atónitos mirando la escena. ¿Enfermos mentales encerrados cantando y bailando?

—Ha sido Almudena —dijo Luis, el enfermero más joven con el pelo moreno rizado por los hombros.

—Ya lo veo, pero... es imposible —contestó Nuria, una enfermera bajita y repelente.

—Tenemos que hacer algo —decidió el enfermero.

Almudena siguió mirando por la ventana, y una paloma se posó en el alféizar. El enfermero moreno se le acercó y le dijo que tenía que ir a la sala de control. Era bajito, y tendría unos treinta y dos años.

Le siguió por el corto pasillo hasta la sala; al entrar vio al médico que la había encerrado allí. No era buena para recordar caras ni nombres y menos en el estado en que ingresó, pero le reconoció a la primera.

—¿Qué tal, Almudena? —le saludó, con tono sarcástico desde su silla.

—Bien ¿y usted? —contestó con ironía.

El médico se sorprendió de la respuesta de Almudena. Era una persona muy seria y desagradable. Alto, delgado con el pelo corto y canoso y con unas gafas anticuadas.

—Tengo que hablar con usted, señorita, porque ya lleva aquí unos días y hay que cortarle la leche y venderle los pechos.

—¡No! —contestó Almudena enfadada. No podía dejar que lo hiciera. Le cortarían la leche, se le acabarían de caer los puntos de la episiotomía y podrían decirle que no había tenido ningún bebé, que era fruto de sus delirios y fantasías. O le podrían quitar la custodia de su hija alegando que no sería capaz de cuidar de ella. Al pensar esto a Almudena le entró pánico, pero siguió firme en la decisión de no cortarse la leche. Se levantó de la silla enfadada, y sin mediar palabra se marchó.

Almudena se fue a su habitación y se sentó. Se dio cuenta de que sus pies seguían hinchados por el embarazo, ya que la niña nació en pleno verano, el 24 de julio a las 13:09. Entonces se acordó de que en la maleta tenía aceite de rosa de mosqueta que antes utilizaba para que no le saliesen estrías en la tripa. Se echó un poco en las manos y comenzó a masajearse los pies como lo hiciera meses antes su fisioterapeuta. Los enfermeros la observaban desde la sala de al lado a través del enorme cristal.

—Hace cosas rarísimas —dijo la enfermera repelente.

—Esta chica no está bien. Tendré que hablar con la familia y convencerlos de que se corte la leche. Va a pasarse mucho tiempo aquí —el médico dijo estas palabras mientras se marchaba.

Los demás seguían mirando atónitos las actividades de Almudena. Esta levantó la mirada y les saludó con la mano de manera cínica, para volver rápidamente a terminar el trabajo. Cuando terminó con el masaje de pies se fue al comedor a fumarse un cigarro, a matar un poco el tiempo. Se sentó en unas de las sillas y se dio cuenta de que a su lado había

una mujer que no conocía, y a la que se veía muy nerviosa. Tenía el pelo moreno, que le llegaba hasta casi la cintura, vestía unos pantalones vaqueros, una camisa de manga corta azul celeste, y llevaba un pañuelo adornándole el cuello.

—Hola, ¿eres nueva aquí? —la saludó Almudena.

—Hola. No, en realidad estoy de visita. Mi marido está hablando con el médico, y puede que le den el alta.

—¿Y quién es? Me alegraría mucho el saber que alguien sale de este infierno —continuó Almudena.

—Se llama Alberto, ¿le conoces?

—Claro que sí, hemos tenido mucho tiempo para hablar estos días. Por eso estás tan nerviosa, ¿no? Le echas de menos y quieres que vuelva pronto a casa.

—Sí, me gustaría que todo se normalizara —la mujer se colocó el pañuelo del cuello, dejando ver la marca que realmente tapaba. Cuando lo vio Almudena se asustó mucho, no podía creer que Alberto le hubiera hecho daño, y encima ella le había intentado ayudar. Se levantó, y con un simple «hasta luego» Almudena se fue corriendo a su habitación.

